

MARINOS GUIPUZCOANOS

El Capitán Don Ignacio de Embil

Otro benemérito desconocido, como tantos más que siguen ignorados, porque la crónica desmayada del último tercio del ominoso siglo XVII no dispuso de espacio bastante donde grabar sus hechos.

Miembro de la antigua é ilustre casa solar de Auspandegui, en Cestona, entregóse Embil por completo á los azares de la mar, por vocación irresistible, que no por conveniencia, pues harto anulado estaba por entonces el crédito de nuestra marina real:

Sirvió, no obstante, con valor y fortuna, en la reducida armada del Océano, y en 22 de Agosto de 1688 se le despachó patente de Capitán de Mar y Guerra, refrendada por el Secretario D. Gabriel Fernández de Quirós.

En cuantas empresas se ofrecieron, sirvió siempre con el crédito correspondiente á las obligaciones de su sangre.

Y con dicho empleo gobernaba en 1692 el galeón San Ignacio, uno de los tres componentes de la escuadra de D. Diego de la Vega Laso, Marqués del Vado del Maestre, en conserva de la flota de Tierra Firme, compuesta de los galeones Santa Cruz, Nuestra Señora de la Concepción, El Angel y Los Animas.

Salieron con buen tiempo del puerto de Cartagena, y sin novedad

llegaron al paraje de La Vívora, donde un espantoso huracán los tomó tan de repente, que no tuvieron tiempo de ponerse en estado de defensa.

Solo pudieron apreciar que el horizonte se limitaba por instante y que avanzaba la noche pavorosa con sus intensas tinieblas y siniestros peligros.

El huracán, suelto en su salvaje grandeza, bramaba en las arbolladuras.

La lluvia, torrencial y espesa, caía cual si todas las cataratas del cirio se hubiesen desatado.

El trueno, seco y estridente, y el crugir de los masteleros y vergas que, tronchados, caían sobre cubierta arrastrando el cordaje, dificultaban las maniobras.

Todo anunciaba que era llegada la hora postrera.

Entonces, al iluminar los relámpagos el tenebróso antro, adquirían los galeones formas monstruosas.

Al verlos dislocados tocar con las arbolladuras las espumosas aguas, dando tumbos en el abismo y enderezándose sobre los lomos de las rugientes olas, semejaban monstruosos gigantes empeñándose en bárbaro combate.

En medio de aquel inminente peligro de perecer, todavía tuvo el General la fortuna de ganar con sus naos el límite del radio de acción del fenómeno y escapando al peligro, siguió su viaje á España con el resto de la armada.

Pero el capitán Embil, que no se apartó de la conserva, en vez de tomar el largo, como se lo aconsejaba hasta el instinto de la propia conservación, viendo que los galeones de la flota en que se conducía riquísimo tesoro y muchos pasajeros, naufragaba sin remedio, fué tal su imponente desconsuelo de ver en tan fatal peligro los bajeles y las vidas de tantos militares, comerciantes y marineros, sin más recurso que la misericordia de Dios, que se quedó, con su nao expuesto también á hundirse en el mar con los demás navíos que pretendía socorrer.

Recogió 770 hombres y 6 mujeres, y pasado el fenómeno, tranquilo el mar, hizo bucear gran parte del tesoro perdido, que recobró, y contento y orgulloso de haber salvado tantas vidas y haciendas, continuó su viaje á Cádiz, muy comprometido el galeón, tanto por los quebrantos ocasionados por el fenómeno, como por el exceso de carga que sobre la ordinaria se le había entrado nuevamente.

Venia tan maltratado, que costó grandes esfuerzos conseguir. queno se sumergiera, y con viento favorable, pero falto de víveres y estenuados, rindió viaje felizmente en Cádiz.

Llegado el Capitán Embil á la Corte y representado á S. M. este servicio, le hizo merced de un buque de más porte en los navíos de flota de la Nueva España y un hábito de las órdenes militares para uno de sus hijos, D. Manuel y D. Pedro Ignacio, que también se hallaban empleados en la milicia.

FRANCISCO SERRATO.

Madrid, Marzo, 1905.

